



Si el pueblo no habla...

por *Francisco Lozano Díaz-Portales*

A medida que se aproximan las fechas de las elecciones, los líderes políticos incrementan sus contactos (coqueteos) con el pueblo. Ellos dicen «acercamiento a la realidad»; la gente lo interpreta como «interés por conectar con las necesidades» (¿de los políticos o del pueblo?). En ambos casos (sea acercamiento, sea deseo de contactar con la realidad) el alejamiento de las partes parece darse como un hecho, como la nota más evidente por la falta de comunicación normal (como norma y no como excepción). El caso es que unos y otros admiten sin más entrar en el juego de los encuentros puntuales.

A pesar de la corta tradición electoral, se empieza a dar por sentada la necesidad de la puesta a punto de los candidatos aspirantes y/o la reválida de los que vienen ostentando el Poder. Lo cierto es que, visto así, no sólo parece normal, sino hasta bueno y conveniente. Sin embargo, esta postura o manera de hacer está sustentando (desde mi punto de vista) unos comportamientos que no parecen tan normales ni tan buenos, si nos paramos a analizarlos:

Los políticos pueden llegar a considerar que las elecciones son un concurso de imagen, persuasión verbal, capacidad de convencimiento y/o la improvisación de unas cuantas promesas, hábilmente conectadas con la sensibilidad popular, aunque no valgan para nada, salvo para eso: para halagar la sensibilidad sin más valoraciones ni más transcendencia de futuro. No se puede llegar con las manos vacías; es una falta de

absoluto respeto. A las elecciones hay que arribar como culminación de un proceso o, al menos, proponiendo un programa en la línea en la que se viene trabajando, no unas cuantas ideas escritas en unos papeles.

Una vez elegidos pueden llegar a creer que gozan de inmunidad hasta las próximas confrontaciones electorales. Los políticos pueden llegar a pensar (de hecho, los datos así lo confirman) que no tienen obligación de rendir cuentas (no simplemente informar), que sólo pueden ser juzgados, valorados o evaluados cada cuatro años, que mientras tanto el pueblo ha de permanecer callado o, lo que es igual, si habla que sea tan bajo que no moleste, y, si molesta, se le expulsa de la «sala».

Estas son las consecuencias de una democracia entendida como encuentro puntual o esporádico y no como continua interacción y comunicación entre pueblo y políticos. Desgraciadamente la democracia aún se entiende como la oportunidad de emitir el voto cada cuatro años, y no se nos permite otra opción. Hay que entender que la Política es cosa de todos, aunque unos pocos ejerzan la función de la política, que el gobierno es cuestión de todos, aunque la función de gobernar la ejerzan unos cuantos, que la democracia es participación de todos, con orden y por los cauces establecidos, pero no sólo depositando una papeleta cada cuatro años.

Es bueno y conveniente que reflexionemos sobre lo hecho. Y es necesario que lo hagamos los ciudadanos, porque ya sabemos

que los políticos van a tratar de rentabilizarlo en provecho propio, como si de un favor se tratara. En democracia es el pueblo soberano quien controla el poder y no el poder quien controla al pueblo, como tristemente está ocurriendo. El pueblo no puede aceptar nunca como normal el tener que soportar la tiranía, el insulto, el desprecio, la prepotencia o la humillación sin otra salida que esperar a que vuelvan las elecciones. El pueblo no puede aceptar como normal lo que estén dispuestos a «regalar» los mandatarios de turno. Eso no es democracia, eso es dictadura selectiva y seleccionada cada cuatro años.

Pero muchos políticos se empeñan en que así lo entienda el pueblo, porque han convertido la política en un nido de trepas, aprovechados y corruptos, que, de no ser así, jamás hubieran podido haber satisfecho los deseos que la vida les ha negado por inútiles, ni la satisfacción de sentirse válidos para lo que nunca han valido.

La democracia, para que sea tal, exige la continua comunicación participativa y la capacidad de controlar el poder para que no llegue a ser absoluto, de lo contrario estaríamos ante una dictadura camuflada, como la que nos ha tocado vivir durante estos últimos años en Manzanares con el Sr. Pozas.

El pueblo no debería aceptar nunca un alcalde que no fuera respetuoso y dialogante con todos, absolutamente con todos, sean o no de su cuerda; de no ser así, lo demás tendría un valor secundario.